-LOS POBRES DE MI TIERRA

A lo largo de nuestra maltratada Historia, parece que se ha tendido más ha­cia derivar en posturas incorrectas que al apoyo y desarrollo de fórmulas correctas.

Sabemos como lo que es perjudicial entra dentro de lo erróneo, por tanto de lo desechable, ya que al final, como perjudicial y erróneo deriva hacia lo corrupto; nada erróneo y perjudicial puede acarrear algo sano.

Si mantenemos esa línea de apoyo y desarrollo de lo Incorrecto, solo po­demos lograr el desemboque de fórmulas de mayor desigualdad. Los que así mantienen y promulgan, se encuentran en unas posturas claramente inco­rrectas, por tanto también son perjudiciales y así debemos asentir que son en definitiva corrompibles ya que se mantiene la imposición de lo corrupto, es decir, de lo incorrecto.

Sean de gobiernos enteros, sea de entidades financieras, venga de propias religiones, proceda de la misma ciencia, ya aniden en la corporaciones, sea incluso en ciudadanos a nivel individual o colectivo…, nos encontramos ante el tejido corrupto por lo incorrecto de los procesos de desigualdad que se vienen sembrando y a la vez cosechando.

Vivimos desde tiempo ya, en un Planeta que nos ofrece de todo y nos pro­porciona absolutamente de cuanto necesitamos de manera sobrada; coexis­timos dentro de un sistema de naturalezas cuyos seres viven perfectamente en armonía y con sus necesidades totalmente cubiertas. Cualquiera que se precie de semejante vergel existente y siempre a mano, debe encontrarse en la mayor de las dichas. Sin embargo, sabiendo que para el ser humano debiera ser así y conviniera ser lo común, puesto que esa despensa viviente es sobrada para todos los seres, incluido el humano. No obstante, aunque sale de toda re­gla y de toda ley natural, el humano se desvía hacia el desarrollo de la codicia, a sabiendas que está incumpliendo la Ley de la Naturaleza, a sabiendas que nada de lo que está haciendo a los demás lo quisiera para sí mismo.

Cuando comprueba resultados de dominio sobre el resto y ve como el resto de especies le huyen, en ese envanecimiento, comienza a construir su fuerte, para acto seguido, tender a dominar a todos, sin excepción, incluido su propia Madre Tierra.

No hace falta detallar que el comienzo de una muy reducida minoría, lamentablemente, en el correr del tiempo, se ha convertido en una am­plia minoría dominadora de todo y de todos.

En ese proceso milenario, la vanidad se engorda y exige a su aliada la codicia, que una vez que ese dominio sobre el conjunto de existencias y seres que pueblan la Madre Tierra, impone la necesidad de diferenciar y forzar a la creación de grupos entre los mismos humanos, sea por la condición que fuere y fijando como verdad y realidad, aberraciones tan colmas, como el tanto tienes tanto eres.

Hoy día, se encuentra totalmente asumido y aceptado la obligatoria imposición de esa desigualdad. Tenemos implantado de cómo la persona se está sumisa y en pleno servicio, esclava del mercadeo y del capital, y no al revés, como debiera ser.

Es común y asumido está que los fracasos a los que desembocan pro­pios gobiernos en políticas de educación, economía, salud, empleo, se­guridad ciudadana etc.…, recaigan sobre quien menos deben, es decir, el pueblo, el ciudadano común.

En un enfrentamiento bélico que viene provocado precisamente por los intereses vanidosos y de codicia de mismos gobernantes, quienes sufren las consecuencias de esos desastres, es la masa ciudadana civil; tanto, como para aseverar, que de 100 muertes violentas tres de ellas son soldados, el resto hay que buscarlos entre niños, ancianos, mujeres y hombres.

Los promotores y provocadores de semejante estado de caos son los primeros en salvarse de dicho hundimiento; los que en verdad perecen y son abatidos son precisamente los más inocentes, el ciudadano común. El ciudadano común que a su vez es ciertamente el que aporta el traba­jo y la economía, pero sin embargo, son los principales perseguidos y amenazados.

El resto de las jerarquías, que han venido convirtiéndose en castas, conservan sus privilegios de protección diplomática y económica. Ahí tenemos las jerarquías políticas, de gobiernos, sindicales, empresariales, religiosas…, todas convertidas en castas, todos sobreprotegidos, todos erguidos y elevados sobre aquellos otros que son ordeñados y siguen siendo los verdaderos ciegos y borregos, el ciudadano común.

El ciudadano común ha derivado en ser fiel al que más le promete y los que más prometen han derivado en tener bajo su pie a todos cuantos les siguen.

El comercio de la adoración, sin duda, viene logrando sus jugosos propósitos. Así, a la persona se le tiene impuesto por diversos mecanis­mos la obligación de necesitar cada vez de más cosas, no importa qué; se le hace ver que no es nadie ni nada mientras no compre, aunque des­pués, no lo consuma. De tal manera que el poder verdadero, ya no es de las castas tradicionales exclusivamente; el poder actual, es de las mafias que operan a nivel global, convertidas en grandes corporaciones, donde el gobierno y el gobernante son simples marionetas a quitar y poner a conveniencia.

Existen unas economías que se han hecho poderosas gracias al conti­nuo néctar que el ciudadano común les viene aportando.

Cuando el ciudadano común reaccione y vea que para vivir, no nece­sitamos de casi nada, salvo lo imprescindible para existir, todo ese falso montaje y falsos imperios económicos, vendrían a bajo.